

Prof. Dr. Manuel López-Rey

Técnica y crueldad



L hombre moderno tiende a lo técnico, a que todo se haga con el mínimo esfuerzo, produzca la mayor eficacia y cueste lo menos posible, en definitiva: comodidad, cantidad, calidad y baratura. La prosecución de dichos factores debe marchar al unísono y su obtención, es lo que constituye el fin, la razón de ser de la técnica. Esta no es forzosamente mecanización, pues si bien toda mecanización implica técnica, existen técnicas, formas de tecnicidad, que poco o nada tienen que ver con la máquina. Sin embargo, si damos un sentido amplio a la máquina y tenemos en cuenta lo más limitado de una Técnica no mecanista, podemos decir que Técnica y Mecanización vienen a ser, en términos generales, lo mismo.

Una mirada a nuestro alrededor nos mostrará que el hombre, se haya rodeado en gran parte por la Técnica, creación suya, y los productos de ella. Esa mirada nos llevará a una reflexión y a una consecuencia: el hombre vive mejor, entendiendo por tal no sólo mayor comodidad, sino también obtención más rápida de sus fines y satisfacción de sus necesidades, pero vivir mejor no quiere decir que *se sea* mejor y el gran problema de la vida no es el *cómo*, sino el que *se es*. Podemos pues, preguntarnos si la Técnica al rodearnos, al aumentar nuestro poderío, al multiplicarse incesantemente, ha dejado de ser nuestro instrumento, nuestra creación para convertirse en una dei-

dad que exige al hombre un constante esfuerzo, una ininterrumpida renovación, un ansia perenne de perfeccionamiento no para el hombre, sino para la Técnica, en otras palabras, si el hombre en los momentos actuales no es esclavo, no siente angustia ante la Técnica y si como consecuencia de esa intromisión, al vaciarle para mecanizarle, no le ha hecho peor que antes y sobre todo, más cruel.

La Técnica interviene no ya entre el Hombre y el Trabajo, sino también en su Espíritu. La Técnica nos acompaña constantemente y ha penetrado ya profundamente en nuestra vida espiritual y a fuerza de ser hija de nuestro frío cálculo en busca infatigable de una perfectibilidad inhallable, ha enfriado también nuestra alma. La Técnica es sólo eso, Técnica y nada más. Su único fin, se encuentra en sí misma: el ser más Técnica siempre, el superarse a sí mismo, el ser prodigio de técnica, algo que si tuvo principio no tiene fin.

La Técnica al no poseer valores morales en sí, permite su adaptación a cualquier fin: bueno o malo, apreciable o despreciable, dignificador o destructor del hombre tanto en lo material como en lo espiritual, la Técnica puede aplicarse a todo. Ahora bien, en la práctica la Técnica se aplica por lo común a fines económicos y políticos y todos sabemos que ambos no se refieren a lo mejor, a lo más elevado del hombre, pues Economía y Política representan concreciones de un ansia de poder, de dominación y es esto lo que preferentemente, más que a una perfección espiritual o moral, sirve la Técnica para después, imponerse con toda su fuerza, pues es en el poderío económico y en el poderío político donde la misma puede perseguir más ampliamente, más tenazmente una perfección, una eficacia de lo técnico y una mayor sumisión de los hombres.

En las últimas décadas, se ha combatido en el mundo, incluso silenciosamente, por un poderío económico y político. En verdad, esto ha acontecido siempre, pero es la Técnica la que ha ido haciendo las luchas más duras, más sin piedad, más to-

tales ya que la misma lo iba abarcando todo, incluso el espíritu, inculcando en el hombre una sensación de mayor poder, de poder ir todavía más allá en cuanto la Técnica, pese a su momentánea perfección, deja siempre como una puerta abierta que conduce a una mejor tecnificación de lo hecho. ¿Ha sido éste ir más allá constante, esta sensación de poder conquistar una más perfecta Técnica, la que ha lanzado al mundo a las últimas guerras? Difícil es responder, pero es indudable que allí donde hubo más técnica, que allí donde ésta fué entronizada, enseñoreándose del hombre, hubo un mayor ímpetu guerrero, un mayor deseo de conquistar luchando y ello, porque la misma pasó a un primer plano, dejó de ser instrumento para ser fin en sí misma y el hombre, sojuzgado perdió su sentido humano, su sentimiento de responsabilidad y se convirtió en un hombre técnico tanto activa como pasivamente, en un servidor sumiso de la Técnica que siempre pide más y el hombre al transformarse así, dejó de lado su corazón para reducirse al cerebro y a las manos pues, la Técnica es tanto cálculo frío como fría ejecución, sin consideraciones teológicas de ninguna clase, salvo la perfectibilidad de la Técnica. Y ésta aprisionó al hombre para siempre, fué invadiendo el mundo vaciando a la persona y haciendo creer que todo dependía de su mayor perfección mecanicista y el hombre se entregó irresponsablemente y de señor de su propia creación pasó a ser humilde servidor de ella. La misma no conoció ya límites y el hombre en todas las esferas del Saber, fué guiado muchas veces no, por una finalidad de verdad científica o moral, sino por una simple perfectibilidad mecánica técnica.

El hombre no vaciló ni vacila ante nada, pues para él, lo importante es lograr esa perfección técnica, olvidando que ésta es inhallable y que en todo caso, si hay una perfección a lograr, ésta no se encuentra en lo económico ni en lo político; sino en la afirmación y sostenimiento de los valores espirituales. El error ha sido inmenso pues si bien el hombre dominó a otros,

para ser dominado a su vez por una mayor técnica, fué a costa de irse desvalorizando, de hacerse más cruel y vivir más angustiadamente. Angustia del hombre que se sabe atenazado, crueldad en cuanto al entregarse a la Técnica, ésta no repara en lo bueno o en lo malo, pues nos hace cuando menos indiferentes y esta indiferencia ante los valores, si tenemos en cuenta que la Técnica sirve al Poder, a todo poder mayúsculo o minúsculo, es el primer paso para caer insensiblemente en la crueldad. Sólo una Técnica, en unión desde luego de otros factores, puede contribuir tan rápidamente al actual vaciamiento del hombre, a mantenerle tan destructivamente cruel y a hacerle persistir en las guerras actuales. La Técnica ha coadyuvado a la desaparición del sentimiento de responsabilidad en el hombre haciendo más realizable y más soportable la guerra total, esa guerra inhumana que exige y tecnifica todo, hasta los más elementales sentimientos. El hombre vive así en una constante angustia, lo mismo el poseído por la Técnica que el que todavía se rebela ante ella. El rebelde, porque ante la invasión total de la Técnica, ante lo que ésta destruye se pregunta angustiadamente si el destino del hombre es ese, la destrucción, el hacerse peor como si esto fuera la finalidad humana; el otro, el sometido a ella, al pensar también angustiosamente si el enemigo o el que puede llegar a serlo, no poseerán más técnica que él, no serán más fuertes, lo que le obliga —Técnica es también Rivalidad— a lanzarse afanosa y ciegamente a una superación técnica dejando de lado, despreciando todos los valores espirituales humanos que se puedan oponer a una mayor técnica.

Así, paulatinamente, el hombre ha ido insensibilizándose y haciéndose más cruel en la consideración humana de sus semejantes prescindiendo de ésta totalmente, si la misma representaba un impedimento para la perfección de lo técnico. Añadamos que esa insensibilidad y crueldad, aspectos distintos pero los dos inhumanos, es favorecida por algo que suele ir

parejo con lo técnico en muchos supuestos: la falta de presencia, de contacto del hombre con el hombre. La técnica mecánica, especialmente, se caracteriza no sólo por reducir la intervención del hombre, desplazándole y llevándole a otros aspectos técnicos—menor número de hombres y menores posibilidades de convivencia profesional o social—, sino también evitando la presencia del hombre ante su semejante, permitiéndole actuar no sólo a grandes distancias horizontales y verticales y poniéndole totalmente a cubierto, como incomunicado, de contacto humano que pudiera disminuir el furor cruel de la actuación técnica desligada, independizada de una relación humana de un contacto entre hombre y hombre que aun luchando como enemigos pudiera disminuir el dolor y la crueldad. La Técnica vence la distancia y al subyugarla, subyuga también al hombre. En la guerra, el ejemplo es patente, en la vida diaria también pues la tecnificación de la vida nos da medios que nos evitan el enfrentarnos unos a otros, el mirarnos cara a cara, el percibirnos más que el vernos y con ello mentimos más, rehuimos el dolor del prójimo y nos creemos más libres de una responsabilidad.

La Técnica ha aumentado el ansia loca que de poder tuvo siempre el hombre, pueblos y razas, la Técnica atrae inexorablemente a casi todos llevándoles a esa puerta que la misma deja siempre abierta para perseguir una perfección que no se logrará nunca, pero que permite que el hombre vaya produciendo monstruos de tecnicidad que destruyen al hombre y ante los cuales, éste insensatamente se siente contento. Esta alegría es ya crueldad. El técnico recibe, sin embargo, reverencia de los demás que admiran y aplauden los medios técnicos que más eficazmente contribuyen a la destrucción. La Técnica pone en marcha y con ciego ímpetu, el espíritu destructor, de negación que el hombre lleva consigo, nos referimos, claro es, a la Técnica exagerada, a la que se antepone al hombre.

La guerra actual eminentemente técnica es de índole total y representa así la forma más acentuada de la crueldad. La misma aumenta las distancias de actuación y evita al hombre el espectáculo de sus propias víctimas, con ello la crueldad progresa pues lejos unos de otros el dolor de los demás no es percibido más que a través de la síntesis de unos comunicados que caen en la indiferencia de lo cotidiano y que, al hombre deshumanizado por la Técnica, acaban por aburrir en cuanto él espera más que aquello que figura en las partes. El hombre sigue siendo civilizado pero hace algún tiempo que en gran medida ha dejado de ser culto.

¿Es sólo la Técnica, la culpable de esto? ¿Debemos rechazarla? Evidentemente, no. La Técnica no nos ha traicionado, quien se ha traicionado a sí mismo, ha sido el hombre. Desde hace años éste ha perdido la noción de su valor y se ha entregado en grandes masas a doctrinas y conceptos que, aunque admisibles lo son no sólo en parte, se ha dejado llevar por una biologización cultural de los valores humanos a base de complejos, sexualidad, poder, raza, sangre, imperio, etc., es decir, a base de conceptos que se dirigen directamente al instinto del hombre. Las doctrinas que se sirvan de tales conceptos no son íntegramente equivocadas pero sí lo es la generalización de sus postulados. Desgraciadamente esa generalización existe y las masas en buen número de países, se dejan arrastrar por unas doctrinas o teorías que colocan en primera línea, con un sentido natural, lo que durante siglos ha permanecido oculto, reprimido. Ni lo uno ni lo otro pues, ni la represión nos condujo a deformaciones individuales y colectivas, la exaltación del instinto nos lleva a falta de responsabilidad colectiva, a que los individuos sean considerados sólo como elementos de la masa y no como valores individuales. El resultado es la aceptación de ideologías y la desaparición de las ideas. Poseer aquéllas, es la más de las veces renunciar a las ideas propias, poseer ideas equivale a ser mirado con frecuencia como rebelde, como ene-

migo de lo colectivo. La Técnica se ha puesto preferentemente al servicio de las ideologías, y la idea sólo es aceptada cuando se encuentra subsumida en esa ideología y es en bien de la propia Técnica.

Como consecuencia de todo ello, el hombre se ha ido desviando de su recto camino y sólo le queda una capacidad admirativa, de simple pasmo por la Técnica, de esa admiración pasa a ser servidor y de la servidumbre a la sumisión, sin que en ningún supuesto se libre de la angustia, ya que ningún esclavo, aun materialmente bien situado, es feliz y la felicidad antes que nada es la serenidad de espíritu. El hombre moderno, más que el de pasadas épocas, vive angustiado pues el predominio de la Técnica que como eje de vida no nos da seguridad externa ni equilibrio interno ya que la Técnica, por su propia esencia, es movimiento, es un no descansar, un no cejar en la marcha hacia una perfección materialista que no llegará nunca y esa marcha se halla sembrada de desconfianza, desprecio, superioridad, guerra en resumen, de crueldad.

No podemos tampoco renunciar a la Técnica pues en parte, no de nuestra vida sino de nuestros medios para lograr y sostener la vida. Hay que aceptarla, pero como medio, no como fin, como forma instrumental siempre sujeta y situada dentro de ciertos límites, aquellos que no supongan un ataque a los valores humanos, al espíritu del hombre. Solamente así es la Técnica admisible, solamente así la misma no se transforma en enemiga de nuestra Libertad.

El problema es, pues, un problema ético y pedagógico que los gobiernos tienen que encarar en toda su magnitud. La guerra actual es consecuencia, en gran parte, de la exacerbación de la Técnica, del imperio de la Máquina sobre el Espíritu. Esta guerra tenemos necesariamente que aceptarla en cuanto nos ha sido bárbaramente impuesta, pero debemos cuidar que esa aceptación no nos arrastre y que si la guerra merece ganarse no es sólo para establecer un equilibrio de fuerzas que fácilmente

puede ser alterado, sino para fijar definitivamente un sentido humanista de la vida, deshaciendo el mito de la Técnica, de la Máquina que deberán quedar relegadas a su importante, pero supeditado papel de instrumentos de cultura y civilización.

Por eso, la futura paz no debe ser hecha sólo por militares y políticos para un reajuste de países y la fijación de cuantiosos resarcimientos de daños y perjuicios, sino para establecer las bases ético-pedagógicas de un verdadero Humanismo, de una revalorización del espíritu humano. La tarea no es fácil pero tampoco lo ha sido la realizada por la Técnica y desgraciadamente se ha llevado a efecto. Se precisa pues: la intervención de pedagogos y humanistas, de gentes que sepan mirar no hacia una demarcación, siempre difícil, de pueblos, sino a la creación de un espíritu humano que permita sobrellevar las inevitables desigualdades de individuos y pueblos, pues el hecho de que todos seamos iguales no quiere decir que todos seamos idénticos, y ese espíritu, esa sincera paz sólo puede ser afianzada por un Humanismo nuevo.